

Los crímenes del dinero

Nuestras sociedades modernas, fundadas sobre la opresión y la explotación, sobre el desprecio de la libertad, de la justicia y la razón, han engendrado naturalmente la soberana potencia que de por sí sola conduce al mundo: potencia del dinero, del medio de cambio que todo lo permite, cuando se dispone en cantidad suficiente. Con mucho dinero pueden satisfacer todas sus pasiones y todos sus caprichos; se compra la impunidad de cuantos crímenes puedan cometer, los que permitirán amasar aún más dinero y disponer de mayor número de esclavos.

Por eso los hombres de Estado del presente momento histórico tienen apenas un pequeño parecido con sus ascendientes. Antes hubo ambiciosos, ahora son tragones. En el pasado se les veía altivos, orgullosos; hoy no son sino mercenarios, de hinojos ante las potencias financieras.

El ejemplo dado así desde arriba, nada tiene de extraordinario que muchos intenten imitarlo en la multitud inconsciente y que la criminalidad se acreciente. Muchos, ladinos o imbéciles, fingen sorpresa. Yo, por el contrario, estoy sorprendido de que el número de criminales no sea mucho más considerable, siendo así que toda la organización social descansa sobre el crimen triunfante.

Pero de entre esos crímenes, cuyo relato llena por lo menos la mitad de las columnas de la prensa diaria, sería bien interesante y útil establecer una clasificación. Y la que yo propongo es bien sencilla.

Primero convendría agrupar todos los que tienen por móvil el dinero, de un modo directo o indirecto. Y entiendo por ello que la apropiación de objetos de valor o de utilidad, por la violencia o por la astucia, equivalen a un robo de dinero. De una parte, en efecto, esos objetos son arrebatados frecuentemente con el solo objeto de ser vendidos ulteriormente; y de otra

parte, si la institución del dinero no existiera, nadie tendría el pensamiento de procurarse por fraude lo que tendría a su disposición con toda naturalidad. El «crimen» de un hombre que toma un pan de la anaquelera del panadero porque sus hijos tienen hambre, es, por lo tanto, un crimen del dinero.

Conviene observar también que muchos atentados contra las personas imputados a la venganza, a pruritos de honor, etc., son con frecuencia motivados, de hecho, por sentimientos de avidez que se revelan hasta la evidencia como correspondientes al primer examen.

Quedarán en la segunda categoría los crímenes pasionales de toda naturaleza, entre los cuales se hallarán los a causa de alienación mental, notablemente la locura alcohólica, en gran número de casos, si queremos entregarnos a esta clase de investigaciones como lo hacen los jueces.

Pero haciendo tabla rasa de sutiles distinciones, tomando los hechos en su grosera apariencia, nada sería más interesante que el establecimiento de la estadística brutal de que se trata; de una parte, el número de crímenes de la categoría A, que tiene el dinero como móvil; de otra, los de la categoría B, provocados por otros motivos. Bastaría solamente con un poco de continuidad y de paciencia.

Yo lo he intentado parcialmente algunas veces, tomando un periódico cualquiera, recorriendo sus columnas de sucesos y tribunales, y nunca el término medio de la categoría A ha sido inferior en esas observaciones al ochenta por ciento de la totalidad. Y obsérvese bien: yo no he descontado sino aquellos crímenes reputados como tales oficialmente por nuestra sociedad burguesa y financiera. Cuando me entero que un obrero ha muerto en un hundimiento porque el contrastista que lo empleaba, por razones de economía, se había descuidado de tomar las precauciones necesarias, no